



EDITORIAL

La vida, por sí misma, se puede definir desde distintas perspectivas y tiene características fundamentales que nos ayudan a diferenciar entre lo que está vivo y lo que no; una de estas pruebas mágicas e inevitables es el crecimiento, el paso del hombre a lo largo del tiempo y su persistencia. Así, la infancia es justamente la primera etapa que atravesamos y, considerando el peso que supone la peregrinación por estos años, aquí buscamos dar voz y reivindicar a la infancia. Principalmente, nos interesamos por aquellas niñeces que se escapan de los adjetivos ideales, aterrizando en la realidad y su ineludible dolor, reconociéndola como una etapa hostil que delimita profundamente la vida posterior.

La literatura nos enseña a encontrar las palabras y hacerlas nuestras, a reconocer la importancia de comunicar lo que sentimos y recordar que tenemos una voz que vale la pena escuchar. Sin embargo, a veces, cuando niños, no tenemos a alguien que nos enseñe a valorarnos, pero la literatura es una puerta siempre abierta y un hogar a donde podemos acudir cuando nos sabemos solos; en ella, descubrimos un espejo en el que mirarnos desde una tierna edad para saber quiénes somos, lo que queremos y lo que haremos para nunca olvidarnos, para convertirnos en nosotros mismos.

Por ello, pensamos en este dossier como una manera de cuidar al niño que fuimos y quizá necesitó de más cuentos antes de dormir; creemos en la posibilidad de sanar y curar las heridas que han quedado abiertas y escondidas por medio de la escritura y el juego. Honrar la infancia es otra manera de honrar el futuro, como un acto de amor universal, y en este número esperamos que encuentres las pequeñas vidas y huellas perdidas, para salvarlas y darles un nuevo significado. Agradecemos especialmente a María Baranda y a Adolfo Córdova por compartir con nosotros su pasión por la literatura infantil y juvenil, así como nuevas propuestas para cultivar(se), sin importar la edad, a través de ella. No hay que olvidar nunca el lazo eterno que une a la literatura y a la infancia, pues este siempre nos hará crecer.

Marissa Paola Acevedo Godínez